

Tatuados con la Cruz del Sur

Claudia Zamora

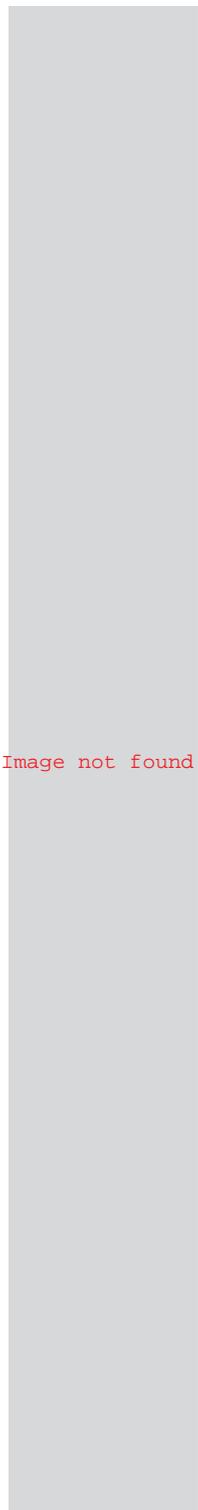


Image not found.

Capítulo 1

DEDICATORIA:

QUERIDO HERMANO,

A TI TE DEDICO LAS PÁGINAS DE ESTE LIBRO.

AUNQUE UN OCÉANO NOS SEPARE EN LA DISTANCIA,

LAS ESTRELLAS NOS UNEN E ILUMINAN EN SU DANZA.

A TU LADO SIEMPRE.

Etérea

Parecían interminables

mis días centenarios.

Por fin, una mañana de abril,

junto a mis ángeles blancos,

desperté serena,

con festivos campanarios.

Impresionada en desconcierto,

sentí en mi pecho un palpitar extraño.

Elevé mis parpados cansados,

atisbando aquel llamado.

Y mis manos de fuego,
se entregaron sin retraso.
Mis pies despegaron del suelo,
levitando en suspenso.
Mi cuerpo, se llenó de aire,
soltando amarras a lo denso.
Observé una luz muy fuerte,
irradiando en mis pupilas,
como dos soles nuevos,
Iluminando mis vigías.
Entonces, viajé por la galaxia sideral,
contemplando almas y respirando estrellas.
Con pensamientos renovados,
como una joven y bella doncella.
Los recuerdos,
ya no pesaban sobre mi espalda,
y mis quejumbrosos huesos,
llenos de aire, se hacían etéreos.
Las grietas de mi piel,
lentamente se suavizaban,
mientras mi corazón frágil,
de a poquito, se silenciaba.
Mi alma era una burbuja de oxígeno

que espejaba luces doradas.

Pues la matriz del macrocosmos,

me sostenía entre sus faldas.

Unas manos fuertes,

me indicaron el horizonte soleado.

Consagrada en el aroma,

de rosas y guirnaldas,

mis canas se hicieron celestes,

y mis labios de filigrana.

A lo lejos,

Oí un coro de lamentos magros, que se unían en sonata,

suplicando el milagro,

que reviviera a la candidata.

Una voz muy cálida pronunció mi nombre,

y en temprano desconcierto,

solté todo mi aliento,

cerré mis ojos fatigados,

y exhalé mi adiós,

casi sin darme cuenta.

La luz se hizo el todo,

y solita comprendí,

el valor de mi historia infinita.

Índice

SÍMBOLOS
ALFA CRUCIS
BETA CRUCIS
GAMMA CRUCIS
DELTA CRUCIS
ÉPSILON CRUCIS
ECLIPSE
INFINITO

“Me pregunto si las estrellas se iluminan con el fin de que algún día cada uno pueda encontrar la SUYA” - Antoine Saint Exupery

SÍMBOLOS

Desde hacía tiempo, tenía en la mente dibujarme un tatuaje significativo sobre la piel; pero tratándose de una elección para toda la vida, quería estar segura de hacer algo que tuviese que ver con mi persona y me identificara.

Pues un tatuaje, es mucho más que un símbolo. Es también una voz que habla. Que se expresa como en una encrucijada, entre el cuerpo y el arte; tanto físico como imaginario. Los colores, las formas y las señas nos impulsan memorias, significados y emociones; pero por, sobre todo, nos revelan en silencio, los aspectos humanos del pasado y del presente.

Aprovechando mi día libre, le pedí a mi amiga Celeste que me ayudara a elegir el diseño del tatuaje. Ella tenía un poco más de experiencia que yo, ya que se había hecho tres, y conocía a un artista de mucho talento, que, además, era de su confianza. En varias oportunidades me había mostrado sus tatuajes, recalcando su admiración por el artista; lo que me impregnaba de cierto coraje.

Habíamos concertado una cita a las dos de la tarde, a pleno sol de verano porteño. Nos paramos frente al local de los tolditos amarillos, debajo de la estación del subte, en Acoyte y Rivadavia; y observamos los distintos modelos de diseños que se exhibían en los murales de la vidriera.

- ¡Mira qué bueno ese con las calaveras entre rosas! -me señaló con un dedo hacia arriba, uno de los dibujos que sobresalía por su tamaño.

A esta rockera empedernida, lo que más le llamaba la atención era justamente todo lo relacionado con ese mundo. Últimamente se vestía con

un estilo punk; campera de cuero prendida con alfileres de gancho y cadenas colgantes de los presillos del pantalón; también se pintaba los ojos de negro oscuro como un mapache.

-No Cele, eso no es para mí; es muy "heavy" para mi gusto.

-Y ¿qué querés tatuarte... palomitas con moñitos? -resopló.

- ¡Tampoco así! -me apoyé sobre el vidrio, con las manos sobre la frente, intentando ver los dibujos en la pared del fondo, pero con el reflejo del sol, apenas se divisaban.

-Entremos y veamos lo que tienen en los álbumes.

-No me gusta nada de esto. Yo quiero algo más personal-. Subimos un escalón, y abrimos la puerta a un clima fresco y acondicionado que nos invitaba acogedoramente. Tuvimos que quitarnos el sudor debajo del pelo.

-Buenas tardes -nos recibió un rubio musculoso con piercings en su ceja derecha y sonrisa seductora.

-Yo soy Pipo -me miró con atención, abriendo los ojos más grandes todavía-. Vos debes ser ¿Alejandra?

-Sí, encantada -le extendí la mano, guardando distancia, y nos quedamos mirando a los ojos por unos segundos, mientras sentía el calor de su mano sobre la mía; que de por sí, estaba sudada también.

- ¿Nos conocemos? -frunció el ceño en interrogación expectante.

-No lo creo -respondí evasiva. Tenía ojos verdes como un gato y una mirada profunda, con destellos de arroyo, que, a decir verdad, me intimidaba un poco. Estaba segura de que nunca lo había visto antes; de ser así, lo recordaría, pues era alto y bastante carilindo.

-Bueno, vos dirás, en que puedo ayudarte.

Celeste se adelantó: -Ale quedó alucinada con el dragón que me hiciste la última vez, y quiere hacerse algo parecido, pero con originalidad. Eso sí, nada de calaveras, ni cruces, ni diablos-. Puso cara de sabelotodo, revoleando los ojos al techo.

-Te entiendo -sonrió.

Él se dio vuelta y agarró una carpeta de tapas azules. -¿Te gustan los

animales? –atinó.

-Sí, claro; pero no soy muy "bichera".

-Y ¿tu signo astrológico es?

-Piscis, pero no me gustan los pescados -fruncí los labios en desaprobación, mientras me recogía el cabello en un rodete.

-A ver, mejor contame un poco qué cosas te gustan más, a ver si encontramos un marco de referencia que nos ayude a armar el diseño.

-No sé qué decirte, pueden ser muchas cosas las que me gustan, pero para llevarlas encima para siempre; por ejemplo, me gusta la noche. La luna, las estrellas, también me gustan algunas flores. Miré hacia lo alto, queriendo encontrar algún dibujo que se expresara por mí.

- ¿Cuál es tu estrella favorita?

- ¡La Cruz del Sur! -respondí sin titubeos.

- ¡Ah muy bonita! Eso te puede quedar muy bien a vos Déjame improvisar algo a ver si te gusta- En seguida tomó una cartulina y un lápiz y se sentó en un costado a dibujar-. Si gustan se pueden sentar allí, mientras yo preparo algo-. Nos indicó un sillón muy mullido cargado de almohadones en el fondo. –Hay una máquina con café, por si se quieren servir, mientras esperan.

-Ah bárbaro, gracias-. Celeste tomó dos carpetas con modelos y se sentó a mi lado. Yo, amante del café, aproveché para servirme una tasa mientras esperaba. Confiaba que Pipo diera en el blanco con un tatuaje más a medida.

Al cabo de unos minutos, se paró y se acercó con el primer diseño. Me pareció enorme. Admito que me asusté un poco.

- ¿Qué te parece? -colocó el boceto encima de mi corazón.

- ¿Ahí? –pregunté mirándolo incrédula.

-Ahí te quedaría estupendamente -acomodó el papel un tanto hacia arriba, sobre el hombro izquierdo y se retiró unos pasos para visualizarlo desde más lejos.

- ¿No es un poco grande? -me acerqué a mirarme en un enorme espejo que había en la pared.

Probé ponerlo un tanto más arriba; más abajo; más al centro. Al cabo de unos largos segundos, por fin, le atravesé la mirada: -¡Me encanta! - aprobé.

Celeste me miraba con ojos grandes, sorprendida de mi resolución. Tal vez pensaría que no iba a tener el coraje de hacerme algo así. Pues era bastante más grande de lo que yo tenía en mente. Y observándome frente al espejo, con voz socarrona comentó, mordiéndose los labios -¿Quién te ha visto y quién te ve Guzmán?!

Le saqué la lengua en complicidad. Luego me senté en la silla ejecutora, respiré profundamente y me entregué al símbolo. Una marca que hablaba de mí y quizás, también de mis antepasados.

Desde chiquita me sentía muy conectada con las estrellas. Pero a diferencia de otros tatuajes, este no era un tatuaje visible, era sólo para mí. Una marca que yo interpretaba y me daba fuerza. Un estigma, que expresaba sin hablar, un pedacito de mi historia, el cual sería revelado, únicamente, a quien yo eligiera formar parte de mi intimidad.

Pipo fue despacito traspasando las líneas en tinta sobre un nylon y luego lo apretó, calcando el dibujo sobre mi piel.

Retiró el nylon y sonrió - ¿Qué te parece? -me acercó un espejito para poder verlo mejor.

Tragué saliva, sintiendo el corazón acelerado en expectativa. Lo miré y asentí con la cara, sin poder emitir sonido alguno, conteniendo la emoción.

Me recosté y cerré los ojos. El ruido del torno me fue meciendo en una mezcla de dolor y osadía, mientras sentía como la tinta, golpe a golpe, iba penetrando mi piel y mi alma.

Buenos Aires, verano 2007

Tenía que elegir las materias del próximo semestre, de la carrera de Psicología; entre mis favoritas: Semiología. Me daba curiosidad aprender sobre los distintos formatos y estructuras sociales señalados en el lenguaje. Especialmente, porque siempre creí que un lenguaje no se arma sólo de palabras, sino también de un conjunto de signos, que mudos o hablados, nos ayudan a comunicarnos.

No hablo el idioma alemán, sin embargo, puedo sentirlo, y lo que es más fascinante todavía: comprenderlo. Puede ser que, a través de las rutas de mi ADN con orígenes germánicos, se hayan infiltrado ciertos rasgos que vibran con la misma secuencia filial que la lengua de mis bisabuelos.

Y pensando justamente en esta conexión con lo familiar y lo heredado, me di cuenta, que, para poder comprenderme más a mí misma, tenía que tener algunas coordenadas informativas sobre aquellos antecedentes. Para el caso, era muy efímero lo que conocía, especialmente sobre mi familia materna.

Casi siempre que me atoraba con alguna escueta interrogante sobre mis orígenes familiares, acudía a los archivos de la memoria de mi tía Anita.

Era la única que no ofrecía resistencia a recordar el pasado. Mi mamá en cambio, se incomodaba con mis preguntas y por lo general, terminaba el coloquio diciendo: "Pregúntale a tu abuela.... Que ella te cuente la historia".

La tía -al igual que yo- intentaba zambullirse de a poco en el famoso "árbol genealógico", para poder armar nuestro rompecabezas familiar.

Semejante a una tarea de hormiga; ya que no contábamos con todas las piezas. Y aun así, no era sólo la información, conforme a los nombres de la familia, lo que me interesaba averiguar. Yo quería saber más. ¿Cómo eran? ¿Cómo se vestían? ¿Dónde vivían? ¿Cuáles eran sus preferencias culinarias, musicales, artísticas? ¿Les fascinaría -tanto como a mí- mirar el movimiento estelar por las noches? Sus gestos, sus preámbulos, y sus costumbres.

Debo admitir que, como sugería mamá, la fuente más fidedigna, era la abuela Emma. El problema que se me presentaba, era que -casi todos los miembros de esta familia- temían preguntar demasiado y levantar los fantasmas del doloroso pasado. "Si la abuela no te quiere contar, tenés que respetarla. Ella ha sufrido demasiado la pérdida de su familia". Solía decirme mamá, apagando el fuego de mis inquietudes con sus miedos.

Pero la abuela ya estaba poniéndose grande y yo sentía que aquel era el momento oportuno para echar un poco de luz sobre el enigma de mis raíces. Ahora tenía la excusa de la facultad, para abrir una punta de flecha en una charla abierta con la portadora de los registros colaterales.

Con entusiasmo, aquella misma tarde, fui a visitar a la abuela. Solo le había adelantado por teléfono, que tenía que hacer un trabajo práctico -a modo de entrevista- en el cual ella me ayudaría. No quise ponerle ningún tipo de carga emotiva, y me mostré un tanto superficial y directa, para que ella pudiera abrir aquella puerta a su pasado, sin desconfianza ni

lastres sentimentales.

Una leve brisa empujaba el sol y la tarde comenzaba a caer. Masticando un chicle con sabor a menta, caminé apurada por el empedrado de la calle Urquiza hasta la vieja casona. Deseaba tener suficiente tiempo con ella a solas, pero su casa era como el imán que nos mantenía a todos unidos. Mis tías siempre revoloteaban el nido, asegurándose de que los viejos estuvieran bien.

Acalorada, toqué el timbre. Enseguida reconocí la melodía: "Bombones de Viena Opus 307". Me la sabía de memoria, ya que era una de sus favoritas. Abrió la puerta y me recibió con su sonrisa cándida y un abrazo de esos que no se olvidan. Tomó mi mano con elegancia y nos dejamos llevar por el ritmo del vals. De pronto ya no estábamos allí; era como si la sala se hubiese convertido en una gran pista de baile de algún palacete real a orillas del Danubio. Dimos cuatro vueltas de lado a lado y mirándonos a los ojos, estallamos en carcajadas. - ¡Que lujo bailar el vals sobre los patines! -siguió riendo y deslizándose sobre unos patines de felpa, que usaba para desplazarse por la sala y de paso dar lustre a los pisos.

- ¡Pues una dama como usted no necesita accesorios! -la besé en la frente y me apretó en un largo abrazo.

- ¿Qué me contás nena? ¿Hace calor en la calle? -orientó el ventilador hacia mí, percibiendo mi sudor.

-Está linda la tarde abue; venía reparándome con la sombra de los paraísos de la peatonal. Hacía tiempo que no caminaba por acá. -Me paré de frente a recibir el aire en el cuello, mientras la pantalla giraba haciendo ruido.

- ¿Querés un matecito? Recién lo empiezo. -Diligente se acercó a la cocina en busca de la pava. Echó un silbido hacia la ventana donde asomaba con sus inmensos ojos amarillos y su pico encorvado, su fiel compañero el loro "Fritz".

-Antes de que llegaras estábamos de gran fiesta -volvió a silbar, esta vez haciendo también algunos gorjeos, incentivando al loro a que dijese algo.

El loro le respondió, también con silbidos, mientras trepaba un alambre atado de un extremo a otro de la reja de la ventana, y me miraba de reojo encrespando el copete.

- ¡Mira que amargo tan espumante! - me arrimó el mate y nos apoltronamos en los sillones de la sala.

Abrí la cartera y saqué mi pequeña grabadora portátil.

-Entonces ¿es en serio que me vas a hacer una entrevista? Espera que –por lo menos- tengo que peinarme un poco. - Coqueta, se arregló el cabello de lado con una mano, y se acomodó el escote de la blusa.

- ¿Pensabas que era una broma? – sonreí con picardía-. Estoy ante una estrella y las estrellas brillan con luz propia. En realidad, prefiero grabarte para no tener que escribir la entrevista y así puedo seguir con el mate –le guiñé el ojo en complicidad.

-Me parece muy bien. ¿Querés que te prepare unas tostaditas con miel? – volvió la dulzura a su mirada.

-Mmm ¡qué rico! Pero ahora, usted está aquí instalada y lista para la nota; mejor quédese.

-Toma número uno: rodando... – encendí el aparato y le di el ok, elevando el pulgar. Irguió la espalda hacia mí, y enroscando sus lentes con la cadenita que los sostenía, los apoyó sobre su falda, denotando un poco de inquietud.

Comencé entonces la interrogación: -Su nombre por favor.

- ¿De casada o de soltera?

-Todos.

-Mi nombre es Emma Frieda Haekner Protz de Cianni.

- ¿Fecha y lugar de nacimiento?

-Nací el 20 de junio de 1924 en Eilenburg, Alemania.

-¿Ese lugar se encuentra en el este u oeste de Alemania?

-Queda en el extremo noroeste, aproximadamente a unos 25 kilómetros de Leipzig. La ciudad tiene un castillo en la entrada, parecido a una ciudadela y por allí se juntan el río Mulde y el Mühlgraben. Después te voy a mostrar una postal que tengo guardada, con el escudo de armas de Eilenburg. Es muy bonito, muestra el castillo y tres estrellas en el centro.

-Sí, por favor, ¡quisiera verlo! –me interesé mucho, pero quería seguir la entrevista-. ¿Nombre y fecha de nacimiento de tus padres?

- ¡Uy a ver si me acuerdo! –apoyó la mano derecha sobre su mejilla y

entornó los ojos hacia el cielorraso, intentando hacer memoria.

-El cumpleaños de mi mamá era en diciembre, me acuerdo, porque siempre hacía mucho frío y los caminos se tapaban de nieve. A veces incluso no podíamos salir de la casa por varios días. Creo que ella nació un par de años antes de final de siglo.

-Se llamaba Frieda Wilhemine Haekner y mi padrastro Rainer Protz. -Hizo una pausa, y prosiguió diciendo-: En realidad, su verdadero nombre era Protzman, pero tuvo que cambiarlo por la persecución. Ese nombre fue totalmente enterrado con los cadáveres de la guerra. -Tragó saliva tomando coraje, se le notaba que nunca antes había mencionado esta valiosísima información.

Me corrió un escalofrío por la piel. En menos de dos minutos de conversación, ya tenía una nueva pieza de mi rompecabezas que seguramente aportaría una nueva visión al mapa de mi existencia. Sentía como si las cuerdas de mi guitarra fueran componiendo una nueva melodía con más ritmo.

- ¿Entonces tu padrastro era judío?

-Sí lo era. Pero cuando se casó con mi madre, en aquel entonces, tuvieron que callarlo para poder protegernos a todos. Cuando Hitler entró al poder, la situación para las familias judeo-alemanas, comenzó a ponerse muy difícil. Yo tenía unos diez años aproximadamente, cuando mi padre nos hizo jurarle que no diríamos jamás nunca su verdadero nombre. Él trabajaba para un laboratorio en Leipzig y pudo conseguir cambiarse el nombre en los documentos. De lo contrario, hubiese tenido que usar "la estrella" en el brazo, como su hermano: el tío Daniel.

-Nunca nos contaste nada de todo esto -murmuré.

- ¡Nunca me lo preguntaste! -sonrió condescendentemente, mirándome con sus ojos gentiles.

Juntó sus manos sobre una rodilla y reclinó su cabeza cenicienta, en el asiento. Su voz cargada de seguridad, me daba a entender que estaba lista para hacer un viaje en el tiempo de sus recuerdos. Al parecer, no le incomodaba tanto ser mi confidente.

-Es cierto. Nunca se me ocurrió preguntarte antes todos estos datos -asentí reflexiva y acomodé las piernas sobre el sofá, devolviéndole el mate.

-Contame sobre tus hermanos; sus nombres y algunos datos que puedas

recordar. -Mi sed no se apagaba.

-Viktor, mi hermano mayor, me llevaba como nueve años. Después de él, nació Ludmila que falleció de bebé; creo que tuvo fiebre de tifus. Luego vine yo, y cinco años más tarde, en el '29, nació Dominik el más pequeño.

-El año que nació Niki, así le decíamos cariñosamente, fue uno de los peores de la historia. Allí comenzó la gran depresión que acarreó la economía del mundo. Nosotros vivíamos allí mismo en Eilenburg, una especie de pueblito con una zona rural y semi- industrial; y mi padre viajaba a la ciudad de Leipzig todos los días, pero con la gran desocupación que azotaba todo el país, el transporte fue poniéndose cada vez más inseguro. A tal punto que tuvo que abandonar ese empleo y trabajar localmente en una empresa de telas de un medio pariente, para poder ayudar a Viktor con sus estudios. Viktor estaba estudiando Medicina en Berlín y apenas podía mantenerse con la ayuda de toda la familia.

- ¿Tu madre también trabajaba?

-Mi madre había trabajado para el mismo laboratorio que Rainer, pero luego de tener a Dominik, se enfermó y tuvo muchas complicaciones. Era una mujer fuerte, pero no había podido superar la muerte de mi hermanita Ludmila. Eso la había sumido en una gran depresión. -Me miró fijamente a los ojos y haciendo una mueca con sus labios arrugados, preguntó, sobrecogida de emoción-: ¿Caliento la mate pichona?

Apagué el grabador. -Deja que yo me levanto abuela; hagamos una pausa.

Me dirigí a la cocina con un sentimiento de conciliación dentro de mí. El enigma que había tiznado mi existencia, por fin comenzaba a discurrirse. Era todo tan natural. Pero ¿cómo es posible que a nadie se le hubiese ocurrido preguntarle sobre su familia? ¿Y mi mamá? ¿Acaso ella no sabía absolutamente nada? ¿Por qué se había silenciado el pasado como si algo terriblemente malo hubiese sucedido?

Me resultaba difícil comprenderlo. Pero hoy era un nuevo día. Había una página en blanco que merecía ser escrita, y yo tenía la pluma entre mis manos.

La dejé que se metiera en lo profundo de sus recuerdos, respetando su palpitar.

Parecía que sus ojos se elevaban al cielo como un barrilete de colas ondulantes, empujando las nubes de su memoria.

Civitas Ilburg, Eilenburg 1937

- ¿Dónde están mis zapatos? ¡Mamá! ¿Has visto mis zapatos?

-No, Viktor; ¡cálmate! yo los buscaré... -la voz de mamá Frieda, era refrescante como las aguas de una cascada, con un tono, siempre positivo y sereno.

- ¡Dominik! ¿Dónde están mis zapatos? ¡Apuesto a que tú lo sabes!
-Viktor lo señaló con un dedo y levantó las cejas.

Niki alzó sus ojitos hacia el techo, y con cara de incógnito, se encogió de hombros.

- ¡Pues tendrás que casarte descalzo hijo! -argumentó con voz sarcástica papá Rainer intentando poner su cuota diaria de humor, mientras se acercaba al espejo para arreglar su corbata.

-Pregúntale a Emma -sugirió mamá.

- ¡Ay...si no llego a mi boda por culpa de los benditos zapatos, pues andaré descalzo por el resto de mi vida!

- ¿Cuál es el alboroto? -le pregunté, sosteniendo un par de zapatos negros brillantes y recién lustrados, entre mis manos.

-Te los he dejado como dos espejos, 1) lieber Bruder, le dije orgullosa.

- ¡Han quedado estupendos! 2) dank Prinzessin. Aunque me has hecho sudar buscándolos...Y ahora es mejor que vayamos saliendo para Marienkirche, no quisiera llegar después de la novia.

-Hay suficiente tiempo Viktor. No se apresuren.

-Despacito se llega más rápido -soslayó Frieda con su voz pasiva. Pero no había quien frenase a mi hermano que estaba muy ansioso. Tomamos los

abrigos y salimos todos muy elegantes y contentos.

Las campanas de la Iglesia St. Marien daban las 2.30 en punto. Aún faltaba media hora para el inicio de la ceremonia; pero la puntualidad era uno de los bienes más preciados en esta familia, que prefería cumplir con los compromisos, más bien "antes" que después.

Esta era una boda prácticamente privada. Apenas un puñado de familiares estaban presentes, porque en aquel momento, había una fuerte división social, y las familias mixtas, judeo-alemanas, temían ser denunciadas y hasta encarceladas.

Viktor conoció a Monika Vogel en la facultad. Los dos estudiaban la misma carrera. Monika era una chica muy inteligente y divertida. Su padre era protestante pero su madre era judía. Por lo que habían decidido hacer dos ceremonias. Una en St. Marien, cerca de la casa; y la otra, por la Jupa, entre los familiares más próximos –elegidos cautelosamente– en una sinagoga oculta en Dresden.

A Viktor no le importaba demasiado el vínculo religioso. Se había hecho converso al judaísmo, para agradar a su flamante esposa, pues estaba plenamente enamorado y no veía la hora de que pudieran vivir juntos. Tanto mamá como Rainer eran bastante abiertos con los dogmas y costumbres. En casa se mantenían los rituales de ambas corrientes religiosas, pero nunca con fanatismo, sino más bien con discreción. Especialmente en esos años donde todo el mundo desconfiaba de hasta los mejores amigos.

Hitler había impuesto leyes operativas muy estrictas con respecto a la filiación judía. Por eso Rainer había cambiado su identidad y trataba de llevar una imagen social acorde a ella. Prácticamente, había adoptado los ritos que acostumbraba a llevar mi madre. Excepto el consumo de comida Kosher, que mi mamá había aprendido a preparar con maestría.

Todos nos protegíamos mucho, y no hacíamos alarde de nuestros credos. Viktor y Monika podrían incluso ir presos si alguien descubría sus orígenes 3) mischlings. Era una situación delicada. Pero, de todos modos, había que celebrar, porque en realidad, todos estábamos muy felices con aquella unión y queríamos que tuvieran todas las bendiciones que se merecían.

Recuerdo que Monika entró a la iglesia del brazo de Otto Vogel, con un vestido sencillo, muy clásico y elegante. No sabía que tenía el cabello tan largo; puesto que siempre lo usaba recogido en una cola. Pero en este caso, lo lucía suelto y apenas sujetado desde los costados con unas guirnaldas de brillantes. ¡Se veía tan hermosa! Recuerdo que comenzó a sonar el órgano y todos nos pusimos de pie.

Yo sentía una emoción inmensa, Viktor era un hermano ejemplar. Siempre dispuesto a ayudarme con mis tareas de la escuela o incluso cuando me acogía alguna pena; él siempre me consolaba; me decía que "yo era su princesa y que pase lo que pase, él y yo, siempre estaríamos unidos". Se instalaría en Berlín ya en forma definitiva y nos visitaría ni bien tuviese vacaciones. Sabía que lo extrañaría muchísimo.

Esta era una boda muy especial, puesto que era la primera boda a la cual yo asistía. Una ceremonia muy simple pero emotiva. El cura, que conocía la familia por mucho tiempo, nos brindó su ayuda desinteresada, registrando el matrimonio y evitando ahondar en los detalles del parentesco judío. Viktor fue registrado con el nombre alemán de mamá: Haekner –ya que era hijo natural- y Monika con el nombre alemán de su padre: Vogel. De esta manera, se protegería la futura generación. Era un buen hombre el párroco Krause; pues de ser descubierto, hubiese puesto en tela de juicio la seguridad de todos. Tenía mucho cariño por mi madre, a quien había ayudado en sus días de desolación cuando había perdido a mi hermanita.

Al concluir la ceremonia nupcial, fuimos todos a la casa de un familiar de los Vogel a comer un almuerzo de celebración. Quedaba dentro de una finca, en unas colinas bastante retiradas, donde muy poca gente se acercaba, y donde todos nos sentíamos más cómodos y resguardados.

Recuerdo que habían colocado las mesas alrededor de una pequeña laguna con patos de muchos colores y también había músicos tocando el bajo y el acordeón; además de comida exquisita.

La tía Sara, hermana de mi padre- había preparado una torta de manzana deliciosa. Recuerdo que mi hermanito corría detrás de unos conejos blancos que asomaban por entre los árboles y luego se escondían. Yo me acerqué al establo donde tenían guardados los caballos. Eso sí, con mucho cuidado de no ensuciar mi vestido, ya que mamá me había dado previas recomendaciones.

Aquel fue un día inolvidable donde toda la familia estaba reunida y feliz.

Esa noche al regresar a casa, Viktor preparó sus maletas y me entregó su boina favorita. Yo solía sacársela y esconderla en la terraza para tener una excusa de jugar el juego de las estrellas con él. Cuando por fin se cansaba de buscarla, le daría algunas pistas que lo llevarían a la terraza. Entonces, nos recostábamos en la periferia, y desde allí, mirábamos las estrellas. Viktor me enseñó a reconocerlas por su nombre y jugábamos a inventar figuras con sus formas. Me fascinaba mirar el cielo iluminado, especialmente las noches de luna llena.

A mi abuela se le llenaron los ojos de lágrimas y la abracé fuertemente, dándole apoyo. Ahora comenzaba a comprender el significado del

símbolo! No era mera casualidad. Ya no era un símbolo mudo. ¡Había voces, había momentos encapsulados en esas estrellas!

Fue en ese momento que deseé contarle sobre mi tatuaje, incluso mostrárselo, pero no quería hablar de mí. Hoy prefería escuchar sobre mí y mi familia. Una familia que apenas iba conociendo y sin embargo iba sintiendo tan fuertemente cerca de mí.

Me levanté como para que hiciéramos una pausa.

- ¿Estás bien abuela?

-Sí querida, hacía mucho tiempo que no recordaba con tanto detalle aquellos sucesos.

- ¿Tomamos un cafecito?

- ¡Dale! Yo lo preparo para vos -me adelanté a la cocina.

Encendimos las luces, y ella fue al patio a poner al Fritz en su jaula, tapándola con una mantita. Mientras colaba el café, me di cuenta de que esta charla podría prolongarse por varios días más.

Le dije que seguiríamos el trabajo otro día. Tal vez incluso al día siguiente, para no cortar el hilo de una secuencia tan importante. Me aseguró que me esperaría a tomar mate y prepararía algo rico. - ¿Torta de manzana con la receta de la tía Sara? -me adelanté a su pensamiento.

-Voy a intentar recordarla. Sonreímos.

Nos despedimos, y me marché de la mano de la noche, que ahora, más que mi amiga, era también mi aliada.

Al dar vuelta a la esquina, observé un halo de luz muy luminoso; y unos pasos más adelante, alcé mis ojos, encontrándome con una luna redonda y majestuosa que parecía sonreírme con benevolencia, junto a un cielo repleto de lucecitas titilantes.

Supe en ese instante, que en su orbe estaban grabadas todas nuestras miradas. Las mías, las de mi madre, las de mi abuela y también las de mi tío abuelo Viktor. Ella era testigo de nuestras vivencias y por eso yo sentía un magnetismo tan profundo que me guiaba hacia ella.

Nunca me había sentido tan acompañada aún caminando sola por la calle.

Al llegar a casa, ya todos estaban durmiendo. Me acosté en la cama y me puse a pensar en lo valiente que había sido Viktor, al arriesgar casarse

con Monika, aun en contra de las leyes impuestas por el Reich y los peligros que esto suponía.

Me sentía orgullosa de saber que mi familia había sido una familia amorosa, que, a pesar de sus divisiones religiosas y políticas, habían aceptado el amor con libertad; y estaban dispuestos a ayudarse unos a otros con mucho valor.

Sentí también compasión por el cura Krause que se había puesto en peligro, al participar de aquella boda en secreto, dando la bendición a los novios. Me sentí colmada de paz. No tenía todas las piezas del rompecabezas y apenas comenzaba un viaje revelador a mi pasado; sin embargo, percibía una sensación de pertenencia muy importante.

Puse mi mano sobre el tatuaje y de pronto, recordé la mirada de Pipo. ¡Cómo me hubiese gustado contarle también a él mi vínculo con el símbolo! ¿Pero... por qué a él? ¿Quién era él? Será mejor que duerma. No quise analizarlo. Apagué la luz y me acurruqué abrazando la almohada en la oscuridad.

ALFA CRUCIS

Buenos Aires, verano 2007

Abrí la puerta y coloqué los pesados libros que cargaba en la mochila, sobre la mesita, en el hall de entrada. Me recosté contra la pared, quitándome los zapatos. Apoyé mis pies calientes sobre el frío piso de mármol, mientras escuchaba la voz de mamá que hablaba con alguien por teléfono.

Sin querer, escuchaba como le decía:

— ¡Claro...Imagínate! Ahora Alejandra está toda alborotada, queriendo saber el legado familiar.... "judíos" ¡por favor! ¿A quién se le ocurre semejante barbaridad? Mi madre no está bien; parece que divaga un poco y le ha hecho creer no sé qué cosas a la pobre chica...

¡No podía creer lo que estaba escuchando! Me enfurecí y entré en la cocina, como una yegua desbocada.

— ¿Delirios? ¡Mira quién habla de delirios! No puedo creer que pienses que la abuela delira al contarme una historia tan sentida y auténtica.

—Después te llamo Sofía. Al parecer aquí llegó la Gestapo—. Cortó el teléfono y me miró con ojos desafiantes.

— ¿Desde cuándo se me escuchan mis conversaciones privadas?

—No fue mi intención escuchar nada mamá. Pero cuando pronunciaste mi nombre, puse atención. De todos modos, por lo que pude oír, no era una conversación muy constructiva.

—Pero Ale, no me vas a decir que vos también te creíste todo lo que tu abuela te dijo, y ahora pensás que nuestros antepasados eran judíos.

— ¿Y por qué no? ¿Qué tiene de malo serlo? No entiendo cómo podés tener tantos prejuicios mamá.

—No son prejuicios. Simplemente, me resulta un poco fantástico que mi propia madre jamás me lo haya contado a mí, y que yo sepa, tampoco a mis hermanos, mucho menos a mi padre.

—Ah, ¿es eso lo que tanto te molesta? Que la abuela haya confiado en mí ese secreto.

Tal vez justamente por todo este escándalo que estás armando... seguramente, ella te conoce mejor que nadie! ¿Me vas a decir que vos no tenés ningún secreto guardado dentro de tu historia?

— ¿Qué estas insinuando? ¡Claro que no tengo secretos! — Bajó la mirada, apretando sus labios y se acercó a la heladera a servirse un vaso con hielo.

—No entiendo por qué te cuesta tanto aceptar el pasado.

—No se trata de aceptarlo o no, sino de conocerlo.

- ¡Exactamente! Si no lo conocemos, ¿cómo vamos a emitir juicios? Me arrepiento de haber compartido con vos la charla con la abuela. Siento que no estás preparada para oír ciertos escrutinios. Pero te pido una sola cosa: por favor no cuentes la historia a medias.

Corrí a mi habitación llevando un sabor amargo de indignación en los labios. Sentía que, tal vez, había muchos más secretos guardados en el arcón familiar. Secretos que, si acaso le sucediera algo a la abuela, jamás serían develados. Pues al parecer, ni siquiera la tía Anita los conocía.

Había quedado con la abuela en regresar a verla esa misma tarde. Ahora más que nunca me urgía saberlo todo. Me lavé la cara y me fui apurada, caminando hasta su casa.

Esta vez, Doña Emma estaba más preparada para nuestra entrevista. Se le notaba una alegría especial en la mirada.

— ¿Adivina qué preparé de rico para vos?

-Mmm déjame pensar —nos miramos y al unísono gritamos—: ¡"Strudel" y en bandeja de plata! —. Comenzamos nuestra fiesta privada en la mesita del patio, bajo la sombra de la parra, en compañía del Fritz.

Acomodé mi grabador entre las tazas y comencé la nota.

—Bueno Doña Emma, aquí seguimos con nuestra entrevista, hoy jueves 2 de febrero del 2007 y siendo exactamente las 5.25 de la tarde, abrimos un nuevo capítulo.

—Pregúntame lo que quieras saber —se acomodó en la silla, muy dispuesta.

—En realidad, tengo muchas preguntas abuela, pero prefiero que vos misma vayas recordando aquellos fragmentos pasados con tu familia, allá en Alemania. Me resulta más interesante escuchar todo el relato completo lleno de jugosos detalles. Luego tal vez te haga algunas preguntas adicionales. Pero para ayudarte con una punta de hilo: — ¿Qué sucedió después del casamiento de tu hermano Viktor?

Eilenburg, primavera 1938

Viktor seguía estudiando en Charité, en la ciudad de Berlín, pero además tenía un trabajo como ayudante en un hospicio. Monika había quedado embarazada y pensaban volver a Eilenburg para cuando se acercara el

tiempo de dar a luz al bebé.

La situación se complicaba cada día más para las familias judías y todos quienes estuvieran afiliados de alguna u otra manera.

Hitler había ganado poder sobre el comando militar y sus fuerzas habían tomado la ciudad de Viena -en Austria- como parte de su plan de 4) lebensraum -en el cual buscaba más espacio para los nacionales- y 5) judenfrei -imponiendo la desocupación de las comunidades judías—.

Papá Rainer tenía una hermana viviendo en Viena y estaba consternado por no saber nada de ella, ya hacía varias semanas.

Fue entonces cuando comenzaron las reuniones en secreto. Algunos rabinos y vecinos hacían reuniones en diferentes sitios, para pasar información sobre lo que estaba sucediendo en otros pueblos, y alertarnos sobre la posibilidad de tener que abandonar nuestros hogares, en caso de recrudecer la persecución.

El Padre Krause también nos alertaba cuando se enteraba de alguna maniobra militar en el área. Mi madre temía por Viktor y Monika ya que eran quienes estaban lejos. Algunos vecinos también mixtos, nos decían que todo lo que se decía por ahí era mentira y que no sucedería nada grave. Pero en realidad, todos teníamos mucho miedo.

Recuerdo que mi madre había preparado gran cantidad de comida en conserva. En su mayoría dulces o pickles. También berenjenas y conejo en escabeche; los cuales guardaba en el sótano detrás de una falsa pared, pues se temía que tuviésemos que quedarnos dentro de la casa por un tiempo largo, hasta que pasara el peligro.

La familia Knapp vivía en la esquina, tres casas más al sur. Ellos eran también 6) mischlings y al igual que Rainer, habían podido cambiarse el nombre con documentos legales. Estábamos prácticamente en la misma situación, y nos manteníamos muy cerca, siempre protegiéndonos del peligro. Mamá nos decía tanto a mí, como a Niki, que, si en algún momento le sucedía algo a ella o a mi padre, entonces deberíamos confiar en Margit Knapp.

Ella era una mujer muy valiente que estaba siempre al tanto de los movimientos de los nazis. Tenían un solo un hijo que ahora vivía en Rotterdam. Se llamaba Gunther, y era casi de la misma edad que Viktor, tal vez unos años mayor; pero habían ido a la escuela juntos. Lo recuerdo bien, porque era pelirrojo y tenía muchas pecas en la cara. Y también

porque sin la ayuda de él, jamás hubiésemos podido salir de Alemania.

Antes de finales de ese mismo año, los nazis comenzaron a presionar a la comunidad al máximo. Sucedió 7) Kristallnacht, así les decían a los disturbios que habían ocasionado en varias ciudades. Grupos de militares y algunos civiles nacionalistas del partido nazi, con palos, hachas y armas, rompieron todas las vidrieras y ventanas de los comercios de las familias judías. Habían llevado presos a cantidad de hombres y fue allí el comienzo del verdadero caos.

Pues a partir de ese momento, ya nadie tenía tranquilidad. Las persecuciones fueron poniéndose cada vez más fuertes y nuestro pueblito, que gozaba de cierta paz, también fue víctima de disturbios y revueltas. En el teatro municipal habían pintado una estrella en la pared de la fachada, y con letras grandes escribieron: 8) "Juden Frei", con dos calaveras atravesadas por un puñal.

Mi padre sabía que Hitler estaba resuelto a eliminar a todos los judíos de donde pudiera. Él escuchaba las conversaciones que solían tener uno de los directivos del laboratorio con una persona de alto rango militar del partido nazi, y por eso, él sabía que lo que vendría, sería terrible.

Me acuerdo que llegó una noche, y nos dijo que teníamos que marcharnos cuanto antes. Que no podíamos llevar nada, salvo lo más indispensable, agua, comida y algunos abrigos. Recuerdo la cara que puso mamá al enterarse! Mi madre no estaba muy convencida de dejar nuestra casa. Al principio se resistió, sosteniendo que, al ser alemana, ella no corría peligro alguno y que tranquilamente, podíamos quedarnos allí; pues ella no creía que nos fueran a hacer nada. Pero Rainer la convenció, y salimos esa misma noche en un auto que le habían prestado a mi padre, junto con Margit y Alvaro Knapp. Fue una decisión casi unánime y apresurada. Manejamos por unas seis horas. Los luceros se escondían tras la noche. Me acuerdo que Niki se había dormido en mi falda y al parecer Margit también, y tenía a los dos encima de mí, apretándome contra la ventana.

Hicimos sólo dos paradas, una muy breve en Dortmund y otra en Gouda, ya del lado de Holanda. Allí fuimos a la casa del hermano de Alvaro Knapp. No recuerdo su nombre, pero tenía una casa muy linda. Ni bien nos recibieron, su esposa nos ofreció chocolate caliente. Se notaba que era gente adinerada y de buenas costumbres. Yo observaba los movimientos, sin hacer preguntas, porque entendía que era una situación un tanto complicada. Además, mamá nos había dicho que teníamos que quedarnos muy quietos durante todo el viaje y así lo hicimos. Yo no sé decir con precisión, pero me parece que ese señor le dio algún dinero a mi padre. Sé que intercambiaron una valija con documentos, o algo por el estilo.

Ya casi estaba amaneciendo y teníamos que seguir hasta Kralingen, un pueblito cerca de Rotterdam donde vivía Gunther.

Mi padre no nos había contado en realidad cuál era el plan que tenía. Sólo sabíamos que estaríamos en casa de los Knapp por un tiempo. Pero nada más.

Gunther vivía en un departamento en un tercer piso con balcón a la calle, de donde se podía ver la calle peatonal que cruzaba el centro de la ciudad. Era un lugar muy pequeño, con dos cuartos y una sala dividida en dos. En un lado tenía unos sillones –donde luego dormiríamos Dominik y yo– y del otro lado, había unas estanterías altas hasta el techo, llenas de cajas. No sé si eran libros, o papeles o qué sería. Luego me enteré de que era material de literatura escrito en hebreo; algo que tenían que camuflar entre las cajas.

Llegamos en la mañana temprano. Mi padre nos dejó allí y se marchó junto con Don Alvaro y Gunther. Mi madre nos prohibió que tocásemos nada en el departamento y también nos pidió que no hiciéramos mucho ruido. Yo estaba cansadísima del viaje, así que me recosté en el sofá a dormir. Margit y mi madre, acomodaron sus cosas y prepararon una merienda para todos, mientras esperábamos a los hombres.

La cuestión es que ninguno de los tres regresó durante todo el día. Tampoco por la noche. Margit comenzaba a preocuparse y mi madre tenía un mal presentimiento. Pues era muy raro que Rainer nos dejara allí solos, sin avisarnos nada.

Pasaron dos o tres días más, sin tener noticias de ninguno de ellos. Por fin, Margit decidió acercarse al trabajo de Gunther a ver si alguien sabía algo de él. Se encontró con la noticia de que los nazis habían hecho razia y mucha gente había sido llevada presa. Temimos lo peor. Mamá se lamentaba de haberse dejado convencer por Rainer, abandonando nuestra casa en Eilenburg.

– ¡Confía Frieda! Yo sé que volverán muy pronto –la consolaba Margit. Pero mi madre, con el ceño fruncido de tanto sufrir, comenzaba a desesperarse como una estrella vacía.

Por fin, apareció Don Alvaro.

Recuerdo que sentimos un gozo inmenso al verlo. Margit lloraba abrazándolo, disfrazando su mirada de alegría.

– ¿Pero, ¿dónde está Rainer? – enseguida mi madre lo interrogó. Entonces nos contó que mi padre y Gunther se habían quedado en el puerto haciendo guardia, en una larguísima fila de gente que quería

viajar.

Resulta ser, que algunos barcos que venían de otros países, estaban entregando visas y aceptando llevar pasajeros. El boleto era carísimo, pero aceptaban viajeros conforme el orden de llegada a la fila.

Ellos se habían quedado esperando tener más información sobre el próximo barco que zarparía, y por eso, no habían regresado.

— ¡¿Irnos?! ¿A dónde? ¡Es una locura! —comentó mi madre, que para nada estaba contenta con el desenlace de aquel plan. Especialmente porque Rainer no le había adelantado nada al respecto.

—Escúchame Frieda, esto está poniéndose cada día peor. No creo que podamos volver a casa. Incluso sabemos por buenas fuentes que Sara, tu cuñada y su familia, fueron llevados a Mauthausen, donde opera un campo de concentración. ¡Dios tenga piedad de ellos!

— ¿Cuánto tiempo crees que se demoraran en sumar dos más dos y darse cuenta de que nos hemos cambiado los nombres? Ahí mismo nos llevarían directamente a Auschwitz.

—Te entiendo Álvaro, pero yo no me voy a ir a ningún sitio sin Viktor.

—De eso también nos hemos encargado. Pues me dijo Rainer, que Viktor estaba ya en camino, y que llegaría esta misma noche. Tenemos que esperarlo y ni bien llegue, ir todos al puerto. ¡Ustedes no tienen idea de la cantidad de gente que está allí haciendo cola para embarcar!

—Y ¿a dónde nos llevarían esos barcos? —mamá movía la cabeza de lado a lado en negación.

—El próximo que está por salir es de origen inglés y zarpa para el sur de Australia en los próximos días. —Al escuchar eso, se me hizo un nudo en el estómago. Yo tenía catorce años en aquel entonces. Y nunca me había puesto a pensar en la posibilidad de hacer un viaje tan largo, y mucho menos que fuera por barco. Me daba vértigo solo de pensarlo. Pero evité comentarios para no ejercer más presión de la que ya se sentía. Recuerdo que me senté con Niki sobre mi falda y le dije: — ¡Niki vamos a ir a conocer los 9) Kängurus!

Él se puso contento de inmediato, mirándome con sus ojitos iluminados, aunque, yo creo que no entendía bien lo que estaba sucediendo.

Viktor y Monika llegaron esa noche en compañía de una amiga; si mal no recuerdo, se llamaba Elena.

Mi madre estaba contenta de verlos y al mismo tiempo, había aceptado la idea del viaje. No veía la hora de llegar al puerto para encontrarse con Rainer.

Mamá sacó todas las cosas de las maletas y volvió a armarlas con más cuidado. Ordenó todo en sólo cuatro valijas.

La abuela hizo una pausa, y me miró a los ojos. —Y aunque no lo puedas creer, ese almohadón de plumas de ganso, que tengo ahí sobre el sillón.

Me di vuelta mirándolo fascinada. — ¿Cuál? ¿Ese blanco? —lo señalé.

— ¡Ese mismo! Es alemán. Originalmente, era la almohada de mi madre. Ella quiso llevarla consigo, y pues aquí está entre nosotros. Y por supuesto, el reloj cucú, también llegó en esa misma valija y sobrevivió las mudanzas hasta el día de hoy.

Se le hicieron agua los ojos. Ahora comenzaba a darme cuenta del dolor que evidentemente, había detrás de la historia. Pero no quise interrumpir su relato. Me quedé escuchándola en silencio.

—Y ¿entonces? Por fin ¿viajaron? Seguí contándome por favor.

—Cuando llegamos al puerto, nos encontramos con cientos —sino miles— de personas. Aquello era una romería. ¿Cómo encontraríamos a Rainer?

Don Álvaro sugirió que permaneciéramos todos juntos y que prestáramos atención a lo que decían en los parlantes. Que avisarían cual sería el barco que zarparía primero y que tendríamos que correr hacia él a como diera lugar, porque con la cantidad de gente, sería muy difícil ubicarnos. Ya luego una vez que subiéramos, nos podríamos encontrar y acomodar arriba del barco.

Mamá no estaba muy conforme con esa instrucción, pero no había mucho tiempo que perder. Nos aseguró que Rainer y Gunther no podrían esperarnos, y se subirían al primer barco que zarpara, como habían coordinado previamente.

Aquello era un caos. Gente y valijas por todos lados y muchos peleándose por hacer una fila.

Viktor tomó a Niki y lo cargó sobre sus hombros para no perderlo. Monika estaba un poco pesada por el embarazo, así que también se colgó del brazo de Viktor, intentando caminar más rápido. Mamá, Elena, Margit y yo, nos sujetamos también para no perdernos entre el gentío.

De pronto oímos unas bocinas muy fuertes y la gente comenzó a abalanzarse hacia uno de los barcos. Todo el mundo corría

desafortadamente. Mi madre no podía correr puesto que tenía una rodilla afectada. Por lo que perdimos de vista a Viktor en medio del tumulto.

—No te preocupes mamá; arriba del barco nos encontraremos —yo le decía, intentando calmar su ansiedad y ayudándola a caminar más de prisa.

En un momento nos quedamos en un costado viendo como la gente corría. Algunos incluso dejaban sus valijas tiradas por el camino en la desesperación de adelantarse.

De pronto, oímos a un hombre que gritaba: —10) ¡Die Nazis! ¡Die Nazis!
—Nos dimos vuelta y vimos una tropilla de motos que venían entrando a toda velocidad por la entrada del puerto hacia las dársenas.

Don Álvaro nos empujó hacia un alero, abrió una puerta y entramos a un lugar que era como un depósito de carga.

Nos metimos allí, junto con otras personas que también buscaban resguardo. Cerraron la puerta y la trabaron para que nadie pudiese entrar ni salir.

Todos estábamos en pánico. Mi madre asustada, no me soltaba la mano.

Allí había alemanes católicos, protestantes y judíos casi por igual, pero todos teníamos miedo a los del comando. Nadie confiaba en nadie.

Me acuerdo que nos ubicamos más hacia adentro del depósito, en medio de cajas enormes. Tendríamos que esperar allí hasta que la gente de la milicia se fuera, para estar seguros de que no nos pidieran documentos o nos llevaran con ellos.

— ¿Y Viktor? —le pregunté ansiosa.

— ¡Ay querida! —hizo una pausa apoyando su rostro entre las manos.

—Aquella fue la última vez que vi a mis hermanos; a Viktor con Niki en los hombros, y a Monika de su brazo. Jamás olvidaré los ojos de Niki, que me miraba, como si supiera que aquella sería nuestra despedida. —Tragó saliva, queriendo acomodar su voz casi quebrada. Se sujetó el pecho con una mano y suspiró resignada.

—Cuando salimos de aquel depósito, ya el barco estaba tocando las bocinas y anunciando que zarparía inmediatamente. La gente que había podido subir, saludaba desde arriba entusiasmada; pero muchos, al igual que nosotros, se habían quedado sin poder subir.

Mis ojos estaban clavados en la popa del barco, mirando uno a uno, los pasajeros, a ver si veía a Viktor o a Monika. Los buscaba incesantemente. Pero era imposible reconocer algún rostro en la distancia. Hacía mucho frío y casi todo el mundo llevaba el mismo color de abrigos. Todos se parecían.

Saludamos a la gente con las manos en alto, y se nos partía el corazón de la emoción, al despedirnos. Aunque no sabíamos a ciencia cierta si estarían en aquel barco o se habrían quedado remanentes.

Mi madre gritaba: — ¡Rainer! ¡Rainer! —estaba iracunda, gritando a toda voz.

No podía resignarse a perderlos de esa manera. En ese momento, Margit tomó coraje abrazándonos muy fuerte y lloramos las tres, mientras el barco pitaba su despedida y el viento nos arremolinaba en desconcierto.

Perdí la voz, quedándome muda ante el relato. Todo era tan vívido en mi mente. A medida que me iba contando, podía casi visualizar sus rostros, sus ropas, sus gritos, su desesperación y sus penas. El dolor escondido en cada gesto.

La abuela juntó sus manos sobre la mesa y abrazada a su memoria, tragó saliva y despacito, siguió contándome.

—Nosotras creíamos que Rainer se encontraría con Viktor arriba del barco. Nos daba cierta paz pensar que al menos Niki estaría con su padre.

Recuerdo cómo nos quedamos mirando aquel inmenso buque lleno de luces encendidas como luciérnagas, alejándose de la costa lentamente. Allí aguardamos petrificados y en silencio, hasta que los humos de las chimeneas desaparecieron en el horizonte del mar, y las sombras plateadas de la luna nos envolvían en punzadas.

El cielo estaba cubierto de estrellas aquella noche. Recordé las palabras de Viktor el día de su casamiento. Lloré en silencio y le pedí a mi estrella que cuidara mucho de ellos.

Don Álvaro nos dijo que tendríamos que esperar hasta el otro día para saber cuándo zarparía el próximo barco.

Pero mi madre no quería ir a ningún lado. Se sentía sola y confusa con todo ese arrebatado plan de escape. Para colmo, tuvimos que pasar la noche en el mismo depósito oscuro, donde nos habíamos resguardado anteriormente.

En la mañana, la gente comenzó a movilizarse nuevamente hasta la dársena. Ninguno había podido dormir en toda la noche. El lugar estaba

llo de ratas que caminaban de un lado al otro. Yo tenía miedo de que me mordieran, y casi no había podido cerrar los ojos.

Por fin, salimos de ese lugar inmundo y vimos que un enorme barco con tres chimeneas estaba entrando al puerto. Esa tarde, nos enteramos que era un flamante barco holandés y que se dirigía a Sud América. Que había una pequeña posibilidad de que pudiera extender visas y aceptar pasajeros. Pero tendríamos que hacer fila y esperar, porque el barco, llevaba carga en su mayoría y sólo al completarla, se abrirían los espacios disponibles.

Nuevamente, mi madre comenzó a desistir del plan.

—Mira Margit, yo no creo poder irme con ustedes —la miró con ojos pesimistas.

—Pero Frieda, ¡tienes que venir! Volver a casa sería una locura. No sabemos con qué nos vamos a encontrar.

—Pero irnos ¿tan lejos? ¿Sud América? Y ¿por cuánto tiempo? —se negaba rotundamente.

—Siempre podremos regresar. Cuando la situación mejore y no haya tanto peligro. Por favor, 11) liebe Frieda, mein Freund, meine Schwester, piénsalo mejor, ya estamos aquí. No te rindas por favor —le suplicaba con cariño.

Entonces, recuerdo que miré a mi madre y le dije:

— ¡Vámonos mamá! Me da miedo quedarme.

Ella me apretó fuerte la mano y suspiró profundamente, asintiendo a mi pedido.

Las bocinas comenzaron a pitar nuevamente y la gente se movilizaba por alcanzar la barrera de embarque. Don Álvaro nos señaló unos hombres en la distancia. Gritó fuertemente: — ¡Gunther! ¡Aquí! ¡Aquí!...

Mamá saltó esperanzada de la emoción. Era papá Rainer y Gunther que venían caminando hacia nosotros. ¡Qué felicidad!

Todos nos abrazamos emocionados y contentos. Enseguida, nos preguntó por Dominik. A mamá no le salían las palabras. Entonces me miró inquisitivo.

— ¡Se fueron en el barco! —le respondí.

Hizo una pausa, mirándome con sus ojos llenos de impotencia —Esas son buenas noticias. Van a estar bien entonces. —Papá no quiso demostrar su amargo pesar con la novedad. Tragó sus lágrimas y abrazó a mi madre consolándola.

—Ya tendremos manera de acomodarnos luego. Lo importante es salir de aquí en este momento —su voz era segura y resuelta. Nos impregnaba de confianza, a pesar de la enorme incertidumbre.

Y así fue, como finalmente, logramos embarcarnos rumbo a Sud América a bordo del majestuoso Nieuw Amsterdam.

A pesar de haber sufrido la separación de nuestros hermanos, el viaje se fue haciendo placentero. Nos acomodamos en un camarote pequeño con cuatro camas. Todos los días, luego de la cena, papá me llevaba al piso más alto y desde allí podíamos ver el cielo estrellado más de cerca. En medio de la oscuridad, las luminarias se veían gigantes. Juntos orábamos de la mano, y a veces, sin querer, también llorábamos de tristeza.

Luego de infinitos días, vértigos y muchas náuseas, el barco paró en Fortaleza, Brasil. A medida que el barco se acercaba a las costas, todos sentíamos la ansiedad de llegar. Ni bien echaron el ancla, un millar de gaviotas revolotearon agitando el aire, mientras desde proa, veíamos como en la dársena, un grupo de marineros, en impecable traje blanco, hacían sus marchas en ritual de bienvenida. Era una gran celebración al fin llegar a tierra firme. Mucha gente decidió bajar y quedarse allí. Pero nosotros seguiríamos la travesía más al sur. La segunda escala que hizo fue en Salvador y cuando llegamos a Porto Alegre, los Knapp, decidieron bajar y quedarse allí, con la esperanza de poder ubicarse mejor en aquella ciudad.

Mi padre decía que Buenos Aires era donde quería llegar. Nos despedimos de Margit, Gunther, y Don Alvaro, con mucho cariño y agradecimiento, y seguimos viaje hasta aquí. —Hizo un gesto alzando las cejas y se levantó de la mesa, poniendo atención a las tasas vacías del té.

—Pero abuela, esa es una historia imás que fascinante! No sabía que tus padres habían llegado a Buenos Aires. Creía que se habían quedado en Alemania.

Nos acercamos a la cocina, mientras seguíamos la charla.

—Bueno, cuando llegamos, fueron momentos un tanto difíciles para todos. Primero que no hablábamos la lengua castellana; esa fue la primer barrera que tuvimos que atravesar.

Ni bien llegamos, nos alojamos en un hotel grande que había en el barrio

de La Boca, cerca del Puerto de Buenos Aires.

Éramos como unas treinta familias, desesperadas por conseguir trabajo y un lugar donde quedarnos en forma permanente, porque el hotel nos costaba una fortuna.

Me acuerdo que con mamá caminábamos por La Ribera hasta Caminito. En esa época era furor el tango, y para nosotros, era algo totalmente nuevo y diferente.

—Y sí, ¡me lo puedo imaginar! Seguí escuchándola fascinada.

Los hombres usaban zapatos con polainas y las mujeres se vestían con medias finas de encaje y faldas de tafeta ajustadas en la cintura.

Nuestra primera impresión de Buenos Aires fue muy buena. Mi padre estaba entusiasmado con la idea de conseguir un empleo en la fábrica alemana Siemens. Según lo que nos habían dicho, estaban ofreciendo trabajo a quienes hablaran el idioma alemán, y los sueldos eran muy buenos.

Yo me esmeraba en aprender el idioma. Podía leer los carteles y también los titulares del diario. Y aunque no hablaba con fluidez, me hacía entender cómo podía.

Rainer consiguió un trabajo en el laboratorio del Hospital Británico, y nos mudamos a una casa en Pompeya. Era una casa grande que compartíamos con otra familia alemana. La mujer se llamaba Petra, el nombre del esposo, no lo recuerdo en este momento —se quedó pensando unos instantes, con el pulgar entre los labios.

—Era un matrimonio con dos hijos varones, de la edad de Dominik. Mamá solía jugar con los nenes y prepararles meriendas. Era su manera sutil de recordar a Niki y también a Viktor.

Recuerdo que juntas íbamos hasta la telefónica —que en esa época se llamaba Entel— para llamar al consulado alemán casi todas las semanas, averiguando por los pasajeros que habían zarpado con destino a Australia. Luego de infinitas llamadas y de averiguaciones, por fin nos dijeron que tenían registrados a Viktor y a Monika, pero el nombre de Dominik no aparecía en las listas.

Pensábamos que tal vez no lo habían anotado por algún motivo; y luchábamos por mantener la esperanza de que estuviesen todos bien.

Lamentablemente, el consulado no nos podía dar ninguna dirección, ya que al llegar al destino y bajarse del barco, no todos los pasajeros se acercaban a la embajada. A no ser porque sacaran algún documento

oficial o se registraran en alguna escuela u oficina de gobierno, no se tenían datos. En aquel entonces, mi madre temía no poder localizarlos, y eso la tenía sumida en una letal tristeza.

Yo podría haber ido a la escuela en aquel entonces, pero tenía que hablar el idioma, por lo menos como para poder empezar. En aquel tiempo, el dinero no alcanzaba y se nos hacía difícil pagar todos nuestros gastos.

Mi madre comenzó a trabajar en casa de una familia judía de nombre Feldmann. Ellos tenían un taller de costura donde trabajaban varios empleados. Mamá estaba encargada de acomodar los rollos de tela para los cortadores. Se pasaba subiendo y bajando inmensos rollos de material y se quejaba de sus dolores de espalda. En realidad, no era un trabajo muy llevadero. Me acuerdo que un día habló con la señora Feldmann, y le ofreció que yo les diera clases de alemán a dos de sus hijas. Así comencé a darles clases todos los días por las tardes cuando regresaban del colegio. No me pagaban mucho, pero por lo menos ayudaba con algo, y de paso, estaba cerca de mamá por si me necesitaba.

Al poco tiempo, Petra y su familia se mudaron a la provincia de Misiones. Decían que allí había una colonia muy grande de alemanes y que el costo de vida era mucho más barato.

A mis padres les seducía la idea de estar cerca de una colonia alemana donde no tendrían problema con el idioma. Pues a ellos les resultaba difícil aprender a hablar castellano.

Nos pintaron un panorama muy atractivo, y de golpe a mi padre se le ocurrió que podría ser buena idea también mudarnos, porque solos no íbamos a poder sostener el alquiler de la casa, y además mi madre no era una mujer de grandes ciudades. Ella prefería vivir en zonas menos urbanas.

Al cabo de un par de meses todo fue cuajando para que nos mudásemos a vivir a la provincia de Misiones.

Nos ubicamos en El Dorado, un pueblito pegado a la frontera con Paraguay, a orillas del río Paraná. Un lugar selvático con caminos de tierra colorada y mariposas gigantes de todos colores. Era una especie de paraíso tropical, donde hacía muchísimo calor.

Con la ayuda de Petra, conseguimos una casita pequeña, pero con mucho carácter y muebles de madera macizos. Tenía unas vistas hermosas y el río quedaba cerquita.

Enseguida nos hicimos de nuevos amigos, también alemanes, que vivían allí desde hacía más tiempo. Mis padres estaban en la gloria de poder por

fin expresarse en su idioma.

Una mañana fuimos hasta las oficinas de la Gendarmería Nacional para llamar al consulado, preguntando siempre por Viktor. Esta vez nos hicieron esperar tanto tiempo, que tuvimos que colgar la llamada y volver a marcar.

Mi madre estaba nerviosa aquel día, y se había obstinado en preguntar por el paradero de mis hermanos. Cuando por fin nos pudimos comunicar, nos dieron la noticia de que ¡habían dado con la dirección de Viktor! Suponíamos que había registrado a Dominik en una escuela y por eso teníamos una dirección donde ubicarlos.

Mi madre se quedó ronca de la emoción tan grande, y yo saltaba y gritaba a la vez. ¡Fue una alegría tan inmensa!

Y ese mismo día, fue también –producto de la casualidad– que conocí a tu abuelo.

– ¿Ese mismo día? ¡No te puedo creer! ¡Cuántas emociones juntas! ¡Me muero por saber abuela! Por favor seguí contándome que no me quiero perder ni un segundo de la trama.

Con la felicidad que teníamos, les contamos a los oficiales que estaban allí, a media lengua claro, lo que estaba sucediendo.

Entonces, tu abuelo Raúl, que estaba recién llegado a esa posta, se interesó mucho en nuestra historia. Yo le conté que nos habíamos separado de mis hermanos al salir de Alemania y así fue que conversamos.

Mi madre le dijo que estaba buscando trabajo, y él le comentó que conocía unas personas que tal vez podrían tomarla. Nos dejó el teléfono de la posta y los días que estaría allí para ubicarlo. Y esa fue nuestra introducción.

Con mamá escribimos unas cartas larguísimas para mis hermanos en Australia, y al otro día, regresamos a la posta para enviarlas.

Nos volvimos a encontrar con Raúl. Conversamos muy amablemente y de a poco, fuimos estableciendo una especie de amistad.

Pasaron como unos seis meses, hasta que, por fin, tuvimos noticias de Viktor.

Recibimos una carta muy linda, donde nos contaba la odisea que habían pasado, hasta llegar a Victoria –en el sur de Australia– y que a pesar de que estaban ya más establecidos, Monika había perdido su embarazo en el

viaje en barco, y su salud no era muy buena.

Se sentía muy triste, y lo único que deseaba era regresar a Alemania.

Nos contaba que Niki estaba ya grande y que iba a la escuela. Que había aprendido a hablar inglés y que le gustaba mucho vivir en ese lugar.

Nos entristeció mucho que Monika perdiera al bebé, pero estábamos felices de saber que al menos ellos tres, se encontraban bien.

Para aquel entonces, estábamos acercándonos a las navidades del '42, y Alemania estaba en plena guerra.

Sin duda alguna, habíamos tenido mucha suerte de salir de Alemania antes que estallara todo. Incluso donde vivía Gunther, en Rotterdam, la ciudad fue prácticamente destruida al poco tiempo que partiéramos de allí.

Creíamos que los familiares de Rainer habían sido llevados a campos de concentración, y era imposible saber, incluso si aún estaban vivos.

Hitler se había aliado con Mussolini y sus tropas avanzaban hacia el este intentando tomar también a Rusia; y Europa ardía en fuegos. Pero, por lo que sabíamos, y también nos contaba Viktor en su carta: Japón podía invadir Australia también, y no eran años fáciles en ninguna parte. Puesto que todas las naciones aliadas, también hacían negociados. Fue entonces cuando, en uno de sus discursos, Hitler hizo un llamado a la raza "aria"; a todos los alemanes que vivíamos fuera de Alemania. Prometía que al regresar, nos proveería con nuevas viviendas, trabajo y beneficios varios. Quería reconstruir la patria y pedía a todos los que estuviesen lejos, que regresaran inmediatamente.

Mis padres, escucharon con atención aquel llamado que nos había hecho llegar a través del consulado, en una carta, sellada con el sello nazi y la firma der Führer.

Mi madre pensaba que nuestra estadía aquí sería temporal y siempre abrigaba la esperanza de regresar, y Rainer, temía llegar y encontrarse con lo peor. Pensaba en su familia, y sentía la necesidad de buscarlos. De saber qué es lo que había sucedido con ellos. Especialmente, su hermana Sara y sus sobrinos a quienes él adoraba. Tampoco sabía nada sobre el tío Daniel y su familia que vivían en Berlín.

Comenzaron a hablar mucho de esa idea de regresar a Alemania.

Ya para entonces, papá Rainer, había podido ahorrar algún dinero y pensaba que ese botín le alcanzaría para buscar a su familia y poder ayudarlos. Él era muy apegado a su familia y no había día que no elevara

plegarias por todos ellos.

Mamá siempre pensaba en nuestra casa de Eilenburg; y quería también regresar, para poder acomodar sus pertenencias. Pues nos habíamos marchado en silencio; sin poder despedirnos de nadie siquiera.

En cambio, a mí, me parecía una insensatez regresar en medio de la cruda guerra. Yo no creía una sola palabra de los nazis, ni de lo que decían que iban a hacer. Por el contrario, me daba terror pensar que mis padres se animaran a volver. Cada vez que hablábamos del asunto, yo intentaba persuadirlos de que no se marchasen.

Para ese entonces, yo estaba de novia con tu abuelo, y pensábamos en casarnos; con lo cual, mi idea de regresar a Alemania, se esfumaba en una utopía.

Muy a mi pesar, mis padres decidieron regresar ese mismo año a Alemania. Yo me negué rotundamente. Les dije que sólo volvería en caso de que ellos se instalasen y me pudieran dar garantías de que todo estaría bien. De lo contrario, me quedaría aquí para siempre.

Raúl tenía planes de retirarse de la Gendarmería Nacional, y con el dinero que tenía ahorrado, nos casaríamos y pondríamos un restaurant. Yo lo ayudaría, y ese era en aquel entonces, nuestro proyecto de vida.

Mis padres en cambio, sólo pensaban en volver y recuperar lo perdido.

Viktor nos contaba en sus cartas que Monika estaba dispuesta a regresar también; que ya no podía soportar estar lejos de su madre, y que su padre y sus hermanos estaban también desaparecidos, y ella sentía que tenía que volver para ayudar a su mamá.

Aquellos fueron días de muchísima tensión, por no poder ponernos de acuerdo. Cada uno tenía diferentes intereses y ansiedades.

Al final, tristemente, tuve que despedirme de mis padres. Ellos partieron de vuelta a Alemania. Les imploré que esperaran hasta mi casamiento, pero Rainer tenía unas pistas firmes sobre el p